



Agua y fuego: Carnaval, San Pedro y San Pablo

Cruz Cuesta, Lourdes
Quito: Testimonio y Añoranza.

El carnaval en el Ecuador, como todo el mundo cristiano, debemos comprender que su fin equivale al comienzo de la cuaresma, marcado por el Miércoles de Ceniza. (Alma, tradición y vida: fiestas populares en el Ecuador, 2020, p.36)

El carnaval ecuatoriano representa, en esencia, la fiesta del agua, que a decir de Manuel Espinosa Apolo, en el mundo andino de carácter agrocéntrico es sinónimo de felicidad. (op.cit. Espinosa Apolo).

Y el carnaval quiteño, el elemento agua contenido en recipientes o 'globitos', era lanzado con felicidad a diestra y siniestra en los barrios quiteños en medio de la algarabía de los pobladores. Los 'cascarones' de cera que se fabricaban en moldes también formaban parte de la

diversión y tenían, por lo general, diseños de "cisnes en los que, por un huequito se metía la cera de colores, agua y anilina; se deshacían pronto porque era una cascarita fina". (Lola Crespo).

El juego en sí traduce una confrontación, 'una guerra de agua' como sostiene Espinosa Apolo, "resultado de la sublimación del antiguo juego de combate prehispánico denominado 'pucará', una especie de simulacro de guerra en el que dos bandos se enfrentaban dando lugar a una gresca generalizada, por lo cual muchos de sus participantes resultaban contusos o heridos. Esta denominación de 'pucará' aún se conserva en la provincia del Azuay en la 'toma' de barrios en el carnaval". (op.cit. Espinosa Apolo)

Para el mismo autor, el carnaval como práctica ritual, da luz verde a la transgresión de las prohibiciones del tiempo ordinario, posibilitando el desfogue de ciertos impulsos, licencias

sexuales o alimenticias, que explica el porqué, en festividades basadas en actividades recreativas y de diversión ritualística, se cometen excesos que atentan al orden social. (ibid)

“En la época carnavalera quiteña se manifestaba la guerra de los barrios, que no era tal, sino un motivo de fraternidad entre los habitantes de un barrio y otro, que se mojaban y después terminaban en una exquisita fiesta”. (César Larrea)

“El juego era de barrio a barrio: de La Loma Grande a San Roque. Se hacían las bombas y los cascarones. Los de La Loma subían a San Roque y había un lugar en donde se desenfrenaba el juego. Después se tomaban agua de canela, no como ahora, que si no se pierde la cabeza tomando... Nosotros disfrutábamos, bailábamos, todos unidos, sin discordias, porque entre amigos nos defendíamos y se calmaba al que ofuscaba, y cuando se estaba mal se iba a su casa. No había los escándalos, matanzas. Es un cambio tan brusco ahora, ya no se considera a la vida, no importa nada, porque muchos, por la desesperación, la falta de trabajo, se

juntan y se ponen a tomar y se acabó, nada más, a discutir, y tal vez hay grupos que hablan de asaltos y todo...” (Juana Bucheli)

“El tomar casa era parte de la atención de barrio a barrio, siempre había el nexo, algún conocido del barrio, entonces esa persona invitaba al resto y se divertían. Había menos peligro que ahora, todo ha cambiado tanto”. (Alfredo Salazar)

“El final del carnaval era una belleza con los corsos de flores. Nos llevaba a ensalzar a ese cielo azul que alegraba a esos carros, los balcones estaban llenos de flores y serpentinas; luego venía el baile en la Plaza Belmonte, en el salón Cóndor o en las casas”. (Jorge Cruz)

El fuego entraba en escena en San Pedro y San Pablo y las tradicionales chamizas hechas con leños tenían cabida en todos los barrios capitalinos: “a las seis de la tarde en las esquinas del barrio había una chamiza, entonces comenzábamos a saltar, duraba poco tiempo, y después nos íbamos a la casa, tranquilos de haber saltado”. (Rogelio Morales)





“Siempre había bromas, historias que se contaban, y luego íbamos a alguna casa para rematar la fiesta”. (Jorge Cruz) “La gente salía con confianza a las chamizas en cada barrio; ahora nadie puede andar solo en la noche, ni estando acompañado se está seguro. La inseguridad es la que impacta, el hampa ha avanzado tanto y las autoridades no se alcanzan”. (Alfredo Salazar)

“Las chamizas ya desaparecieron; por una parte me causa nostalgia porque se ha perdido la tradición, pero por otra, era una desgracia en el sentido de que arruinaban las calles con las fogatas, y al otro día con la humareda de toda la noche, el ambiente se volvía demasiado pesado”. (Gulnara Bilbao)

Pero en el intermedio de las ‘empapadas’ con agua y el salto del fuego, desde un huequito en el cielo llegaban aires de quietud a Quito, y los habitantes de la capital, con la religiosidad bulléndole en las venas, entraban en un período de recogimiento que tenía su clímax en la Semana Santa.

Carnaval, carnavalito,
muy quiteño y juguetón,
una guambrita yo quiero
para darle el corazón.

Suena, suena guitarrita,
suena, suena el acordeón.
En el carnaval quiteño,
se canta con emoción.

Por las calles de La Ronda

Taita carnaval camina,
Unos cantan, otros juegan
Con agüita y con harina.

En Ambato toman agua,
en Riobamba toman ron,
los quiteños toman chicha,
yo te robo el corazón.